

# **La brecha entre ricos y pobres: una reflexión sobre el incremento de la desigualdad en los países de la OCDE**

## **The gap between rich and poor: a reflection on increasing inequality in OCDE countries**

MARGARITA TORRE FERNÁNDEZ  
Universidad Carlos III de Madrid  
margarita.torre@uc3.es

Cada vez son más los organismos internacionales que alertan de que la desigualdad será uno de los grandes retos a los que nuestras sociedades deberán enfrentarse en los próximos años. Los medios de comunicación hacen eco de esta alarma con noticias diarias sobre la —cada vez más evidente— brecha en igualdad. Los niveles de desigualdad están tocando máximos y, de seguir así, «los que tienen» y «los que no tienen» estarán pronto a años luz. Sin embargo, y aunque resulte tentador emparejar el aumento de la desigualdad con las convulsiones económicas de los últimos años, esta relación no es del todo cierta. En el año 2011, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) daba parte de cómo la desigualdad se había incrementado desde 1980. En las dos décadas anteriores a la crisis económica, las rentas disponibles de los hogares experimentaron un incremento medio del 1,7% en los países de la OECD. Sin embargo, este crecimiento no se produjo de forma homogénea. Los hogares más ricos vieron crecer sus rentas más rápidamente que aquellos que partían de una posición menos privilegiada, provocando un aumento casi generalizado en los niveles de desigualdad. En este contexto, el estallido de la crisis económica ha sido el catalizador perfecto de un proceso que se venía cuajando desde hacía más de veinte años.

La desigualdad económica es el resultado de una amalgama de factores macroeconómicos y políticos ampliamente estudiados en la literatura, como los procesos de globalización, los avances tecnológicos y los cambios institucionales. Sin embargo, los actuales niveles de desigualdad también son la consecuencia de los cambios ocurridos en el ámbito laboral y las recientes transformaciones demográficas. Este trabajo tiene como propósito evaluar el impacto de este último bloque de factores sobre la desigualdad desde una doble perspectiva. En primer lugar, se examinará su relación con el crecimiento de la desigualdad de rentas, tomando como punto de partida los resultados del informe *Divided We Stand. Why Inequality*

*Keeps Rising*, llevado a cabo por la OCDE (2011)<sup>1</sup>. En segundo lugar, se reflexionará sobre las implicaciones sociales de estos cambios y su papel en la perpetuación de desigualdades, dos cuestiones no abordadas en el informe. Con ello, este trabajo contribuye al entendimiento de las causas del crecimiento de la desigualdad económica, así como de sus consecuencias, a través de la identificación de los grupos económica y socialmente más vulnerables, y de los mecanismos sociales de transmisión de la desigualdad.

## EL CRECIMIENTO DE LA DESIGUALDAD EN EL PERIODO 1985-2005

La desigualdad de rentas es un factor común en los países de la OCDE. Sin embargo, su evolución en los diferentes países ha variado a lo largo del tiempo. Fue a finales de los años setenta cuando los niveles de desigualdad comenzaron a hacerse notables en Reino Unido y Estados Unidos, así como en Israel. A partir de ahí, la disparidad de rentas comenzó a generalizarse en el resto de países, hasta el punto de que a comienzos de nuevo siglo la brecha entre ricos y pobres se había incrementado incluso en Alemania y los Países Escandinavos, países que hasta entonces se habían caracterizado por sus considerables niveles de igualdad. De acuerdo con los datos del informe «Divided We Stand» (OCDE, 2011), tan solo Turquía, Grecia y México rompen este esquema al registrar niveles de igualdad ligeramente más altos que hace tres décadas. Esta mejora, no obstante, no ha sido suficiente para frenar el resultado global. El coeficiente Gini<sup>2</sup>, calculado para el conjunto de países analizados en el informe, pasaba de tener un valor de 0.29 a mediados de la década de los ochenta a 0.36 a finales de los 2000. La desigualdad, en termino medio, se había visto incrementada en siete puntos durante ese periodo.

¿A qué se debe este incremento casi generalizado de la desigualdad? ¿Cómo se explica esta creciente disparidad en la distribución de las rentas? Más allá de los factores macroeconómicos y políticos, el informe de la OCDE pone de relieve la importancia de factores laborales y demográficos. Los cambios en las estrategias de empleo, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo y las profundas transformaciones en la formación y estructura de los hogares han repercutido en los niveles de desigualdad actuales. En consecuencia, conviene analizar con más detalle el impacto y las repercusiones de dichos cambios.

---

<sup>1</sup> El informe analiza los micro datos del Luxembourg Income Study (LIS) para el periodo comprendido entre 1985 y 2005 (aproximadamente). Los 23 países incluidos en el análisis son Dinamarca, República Checa, Suecia, Finlandia, Austria, Noruega, Holanda, Alemania, Reino Unido, Israel, Canadá, Estados Unidos, Bélgica, Hungría, Italia, España, Austria, Grecia, Francia, Irlanda, Luxemburgo, Polonia y México. Los doce primeros países reportan rentas brutas y los once últimos netas. Estas diferencias han de tenerse en cuenta al hacer generalizaciones.

<sup>2</sup> El coeficiente de Gini es una medida de la desigualdad ideada por el estadístico italiano Corrado Gini. Mide la desigualdad en los ingresos o de la riqueza entre los individuos de una región, en un determinado periodo. Su valor varía entre 0 y 1, en donde 0 se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y donde el valor 1 se corresponde con la perfecta desigualdad (una persona tiene todos los ingresos y los demás ninguno).

## NUEVAS FORMAS DE EMPLEO, NUEVAS FORMAS DE DESIGUALDAD

El mercado laboral ha sido escenario de profundas transformaciones a lo largo de las últimas décadas: incremento de la participación femenina en el trabajo remunerado, dispersión salarial, creación de empleo tiempo parcial y del autoempleo, proliferación de trabajos temporales, etc. Dada la magnitud de estos cambios, limitar el estudio de la desigualdad al conjunto de trabajadores por cuenta ajena y con jornada completa solo nos llevaría a conclusiones erróneas. De hecho, en un informe anterior (OCDE, 2008), ya se apreciaba cómo la desigualdad de rentas aumentaba cuando todos los trabajadores (empleados por cuenta propia, y trabajadores a tiempo completo y tiempo parcial) eran tenidos en cuenta. El informe del 2011, a partir de datos más recientes, confirma este patrón general.

Aunque existen variaciones entre países (y también en función del tipo de datos disponibles para cada país), tanto el empleo a tiempo parcial como el autoempleo están asociados un incremento de la desigualdad. A partir de la década de los ochenta, el autoempleo se ha convertido en una de las opciones de trabajo más destacables en muchos de los países de la OCDE. Parte de su éxito se debe a la implementación de políticas e impuestos que tenían como objetivo fomentar este tipo de empleo y al surgimiento de algunas nuevas ocupaciones que encajaron perfectamente en este perfil. Adicionalmente, este tipo de empleo supuso una vía de acceso para un gran número de mujeres que querían entrar a formar parte del mercado de trabajo. Sin embargo, la creciente popularidad de esta estrategia de empleo ha tenido un efecto negativo sobre los niveles de igualdad. Según los datos manejados por la OCDE, la distribución de ingresos provenientes del autoempleo están repartidos de manera más desigualdad que los salarios de los empleados por cuenta ajena. Además, estos salarios están concentrados en la parte inferior de la escala salarial.

De acuerdo con lo observado en el informe, también el empleo a tiempo parcial está relacionado con los niveles de desigualdad, aunque su notabilidad varía sustancialmente entre países. Por ejemplo, en países como Alemania y Holanda, la creación masiva de este tipo de trabajos aparece asociada a un incremento de la desigualdad total. Sin embargo, en los países de habla inglesa, el incremento de desigualdad entre 1985 y 2004 es menor cuando se tiene en cuenta a los trabajadores a tiempo parcial que si se considera únicamente a los trabajadores a tiempo completo. Esto parece indicar una mejora considerable en los trabajadores a tiempo parcial, aunque corroborar tal afirmación requeriría de un análisis más pormenorizado. En cualquiera de los casos, la expansión de empleo a tiempo parcial también ha tenido efectos positivos. Su implementación ha motivado significativamente la participación femenina en el mercado de trabajo<sup>3</sup>, lo que ha tenido un impacto positivo sobre las tasas de empleo. Cuando tenemos en cuenta a toda la población en edad de trabajar, y no solo a los que están empleados, esta disminución del desempleo en todos los países de la OCDE ha provocado una modesta disminución en las brechas de desigualdad. Dicho de otro modo, el incremento de trabajadores, impulsado por la entrada de la mujer al mercado de trabajo, ha

---

<sup>3</sup> El informe señala que la popularidad de esta estrategia de empleo también puede deberse a cambios en las preferencias sobre el tiempo de ocio, pero lo cierto es que las bajas tasas de participación masculina en el empleo a tiempo parcial son una muestra inequívoca de su marcado carácter de género.

desempeñado un papel estabilizador en los niveles de desigualdad globales. Desde este punto de vista, el empleo a tiempo parcial es un arma de doble filo que ha tenido un efecto igualador (al incrementar el número de trabajadores), y un efecto desestabilizador (al ofrecer rentas más bajas).

Ante esta variedad de formas de empleo, los salarios anuales de los trabajadores a tiempo completo ya no son un buen indicador de la realidad actual. La evolución de las diferencias salariales anuales puede deberse a dos causas bien diferenciadas: a cambios en las retribuciones por hora trabajada o a cambios en el número de horas trabajadas. Por ello, al calcular los índices de desigualdad, no sería correcto excluir a los trabajadores sin jornada completa. En el primero de los casos, el incremento de la desigualdad sería el resultado de una creciente disparidad entre los ingresos de aquellos que originalmente tenían salarios altos, y aquellos que tenían salarios bajos. En el segundo caso, suponiendo que las retribuciones por hora se mantienen constantes, el incremento de la desigualdad respondería a cambios en el número de horas trabajadas, es decir, el tiempo que a lo largo del año las personas invierten en el mercado de trabajo. En el peor de los escenarios, la desigualdad se debería a una combinación de los dos factores anteriores.

Con el objetivo de separar estos dos efectos, la OCDE realiza un análisis de descomposición del cual concluye que los cambios en las retribuciones por hora trabajada juegan un papel más relevante en la mayor parte de los países analizados. Salvo en Australia, Francia y México, la desigualdad de rentas se debe, en gran medida, a la creciente disparidad en los ingresos de los trabajadores situados en los extremos de la escala salarial. Si a esto unimos el hecho de que los trabajadores con salarios más elevados son, a su vez, los que más horas trabajan, entonces nos encontramos en un contexto especialmente desfavorable para la igualdad. En un primer momento, la correlación positiva entre el número de horas trabajadas y la retribución por horas puede resultar sorprendente. Sería lógico pensar que muchos trabajadores en la parte inferior de la escala salarial tratarán de compensar las pérdidas adquisitivas alargando sus jornadas laborales. De hecho, esto es lo que ha ocurrido en Estados Unidos e Israel, donde la media de horas trabajadas en el quintil inferior ha aumentado. Pero estos países no son más que la excepción a la norma, por varias razones. Más allá de las que puedan ser sus preferencias individuales, los trabajadores sin cualificación encuentran las crecientes dificultades para acceder al mercado de trabajo que obstaculizan, incluso imposibilitan, que estos puedan incrementar el número de horas trabajadas. También, aunque en este informe no se baraja esta posibilidad, es razonable pensar que la presencia de un segundo sueldo en el hogar (producto de la mayor participación de la mujer en el mercado laboral) reduzca la necesidad de trabajar más horas. Por último, la reducción en el número de horas trabajadas anualmente es, sin duda, el resultado de la expansión generalizada de trabajo a tiempo parcial.

Los informes de la OCDE se limitan a establecer la relación entre el peso relativo del empleo a tiempo parcial y el nivel de desigualdad de rentas. Es decir, analizan el fenómeno desde un punto de vista agregado, obviando, por ejemplo, la dimensión de género de este fenómeno. No es una novedad que el empleo a tiempo parcial está principalmente desempeñado por mujeres y que, lejos de estar homogéneamente repartido a lo largo de la escala ocupacional, se concentra en trabajos de escasa cualificación, responsabilidad y escasamente remunerados. En consecuencia, la feminización de estas ocupaciones produce un incremento en la

segregación del mercado de trabajo que contribuye a incrementar la desigualdad económica entre hombres y mujeres —y no solo a nivel agregado, como se señala el informe—. Además, la concentración de mano de obra femenina en un número reducido de ocupaciones puede tener efectos perversos a largo plazo. La teoría cultural de la devaluación<sup>4</sup> destaca cómo aquellas ocupaciones donde la presencia femenina se hace mayoritaria tienden a devaluarse en el tiempo. Este proceso de devaluación es bidireccional. Por un lado, el trabajo de las mujeres es infravalorado —por lo empleados, pero también por la gente en general— por el hecho de ser desempeñado por mujeres. Recientemente, England y sus colegas (2007) han corroborado que, controlando por habilidades y nivel educativo, el porcentaje de mujeres en una ocupación está asociado con una disminución de los salarios en el tiempo. Por otro lado, este tipo de trabajo resulta cada vez menos atractivo para los hombres —debido a su escaso prestigio y a los bajos salarios que ofrecen—, que evitarán involucrarse en estas ocupaciones. El resultado de este proceso circular es la formación de un sector cada vez más feminizado e infravalorado, donde las mujeres permanecen atrapadas y que seguirá generando desigualdad en el tiempo. Por ello, para entender el impacto del tiempo parcial sobre la evolución de la desigualdad, es necesario tener en cuenta la perspectiva de género.

La concentración de mujeres en este tipo de trabajos se explica a menudo a partir de las preferencias de las mujeres por este tipo de empleo, en tanto que posibilita, o al menos facilita, la conciliación de la vida familiar y laboral. Dicho de otro modo, existe cierta creencia generalizada de que las mujeres eligen, de forma voluntaria y sobre el resto de opciones, trabajar a tiempo parcial. La evidencia empírica, sin embargo, no siempre apunta en esa dirección. En el año 2004, Boeri y sus compañeros abordaban esta cuestión al analizar las preferencias de las mujeres por lo que se denominan «trabajos atípicos» y, concretamente, por el empleo a tiempo parcial. Haciendo uso de los datos del Panel de Hogares Europeo (ECHPS), los autores concluyen que el empleo a tiempo parcial es bien percibido en Europa central y en los países escandinavos, mientras que en el sur de Europa, este tipo de empleo reduce significativamente la satisfacción (económica y general) de las mujeres con el trabajo. Paralelamente, los empleos temporales (que aunque no se abordan en informe, también constituyen una importante fuente de desigualdad) reducen la satisfacción en todos los países analizados. En conclusión, las políticas de flexibilidad en el mercado de trabajo no parecen estar exentas de costes que van más allá de desigualdad de rentas a nivel agregado, sobre todo cuando dicha flexibilidad pone en peligro la igualdad entre hombres y mujeres, la seguridad y la estabilidad en el trabajo.

## ESTRUCTURA FAMILIAR Y DESIGUALDAD

Los procesos de formación de los hogares no han permanecido inmunes a los logros de la mujer en el sistema educativo y el mercado de trabajo. El binomio mujer educada-mujer trabajadora ha desencadenado, en gran medida, el dismantelamiento del hogar compuesto

---

<sup>4</sup> Para una discusión sobre la Teoría de la Devaluación, véase England *et al.* (1994).

por una familia nuclear. Por ejemplo, a mediados de la década de los ochenta, tan solo el 7% de los hogares estadounidenses configuraban un hogar tradicional en que se incluían un varón cabeza de familia, una madre ama de casa y un número de niños que oscilaba entre 1 y 4 (Stacey, 1993). Veinte años más tarde, en el Reino Unido, tan solo una de cada cuatro familias vive de acuerdo con el modelo tradicional de dos personas casadas (o cohabitando) y con hijos (Macionis y Plummer, 2011). El modelo de hogar predominante durante siglos ha ido perdiendo su exclusividad en favor de un aumento de hogares unifamiliares, así como de parejas homogamas. En otras palabras, cada vez hay un mayor número de personas que renuncian a vivir en pareja y, entre los que sí lo hacen, existe una mayor tendencia a buscar pareja en los grupos con niveles educativos y/o salariales similares.

Las transformaciones en el seno de los hogares coincide en el tiempo con un aumento generalizado en la desigualdad de sus rentas. Concretamente, en 21 de los 23 países de la OCDE estudiados en el informe, la desigualdad entre hogares es mayor hoy de lo que era hace 25 años. ¿En qué medida han contribuido los cambios demográficos —y, particularmente, los cambios en las estructuras familiares— a este crecimiento de la desigualdad? Para dar respuesta a estas preguntas es necesario analizar por separado dos tipos de factores. Por un lado, aquellos relacionados con la situación económica y laboral de los miembros del hogar (rentas individuales, evolución del empleo masculino y femenino) y, por otro lado, los que tienen que ver con la formación de hogares y estructura de la unidad familiar (homogamia marital y composición del hogar).

En la sección anterior quedó reflejado cómo la desigualdad de rentas entre individuos viene explicada, en gran medida, por la creciente disparidad salarial de los trabajadores en los percentiles más altos y más bajos de la distribución. Aún más, los resultados empíricos indican que esta polarización en la rentas individuales se traslada a los hogares. Según los datos de OCDE, encontramos que allí donde la polarización de rentas individuales es mayor, también lo es la desigualdad de rentas entre los hogares, mientras que donde esta brecha ha decrecido (Irlanda, Hungría) se observa lo contrario.

La desigualdad entre hogares también está relacionada con las tasas de empleo en los respectivos países. Mientras que las tasas de empleo masculinas se mantienen relativamente constantes en el tiempo, la participación femenina en el mercado de trabajo ha aumentado sustancialmente en la mayoría de los países de la OCDE. Este crecimiento es especialmente notable en Holanda, Luxemburgo y España, donde las tasas de empleo femenino han experimentado un incremento superior al 25%. Pero este crecimiento de empleo femenino no se ha producido de manera homogénea. En la mayor parte de los países, ha sido significativamente mayor entre las mujeres cuyas parejas reportan ingresos elevados. Al mismo tiempo, los datos muestran que los niveles de homogamia, o tendencia a emparejarse con hombres o mujeres de ingresos similares, han pasado de un 6% a un 8% entre mediados de los ochenta y mediados de los 2000 en el conjunto de países de la OCDE. Este aumento ha sido particularmente alto en Luxemburgo, Reino Unido y Holanda, pero también en España y Polonia. De hecho, tan solo en Finlandia y República Checa, la tasa de parejas homogamas es menor hoy que hace veinticinco años. Esta tendencia generalizada a la homogamia, unida al hecho de que el empleo femenino sea más frecuente en parejas cuyos maridos tienen ingresos elevados, ha desencadenado fructíferos debates sobre si el incremento de mano de obra femenina se

ha podido traducir en un incremento de la desigualdad entre hogares. Los datos, no obstante, nos muestran que esto no es así. Aunque la relación entre hombres y mujeres de rentas altas es muy elevada en países donde la desigualdad entre hogares ha crecido considerablemente, lo cierto es que dicha relación también ha aumentado en países donde el incremento de desigualdad ha sido muy moderado, como México o Irlanda. Otros análisis recientes en algunos países de Europa, también han descartado el efecto de la homogamia como fuente de desigualdad económica entre hogares (Salazar, 2008; Breen y Salazar, 2005). En resumen, la evidencia empírica contradice la idea de que existe un *trade-off* entre la participación de la mujer en el mercado de trabajo y la igualdad entre las familias (Drobnic y Blossfeld, 2001), cuya explicación habrá que buscar en otros factores.

Aunque con los datos manejados por la OCDE no se observa una relación aparente entre los niveles de homogamia y la desigualdad económica de los hogares, algunos autores han señalado que este particular modo de emparejamiento puede tener otro tipo de consecuencias (Kalmijn, 1994) y puede desempeñar un papel relevante en la transmisión de desigualdades sociales (Mare, 1991). Por ejemplo, pensemos en la acumulación de capital humano y social en las familias. Es razonable anticipar que aquellas familias donde el padre y la madre compartan un nivel educativo alto serán las que tengan una mayor probabilidad de transmitir a sus hijos dichos niveles educativos, contribuyendo de esta manera la reproducción cultural entre generaciones. Esto no quiere decir, como Herrnstein y Murray (1994) afirmaban en su polémico libro *La curva de campana*, que la reproducción cultural se deba a la formación de una élite cognitiva, cuya supervivencia se produzca a través de la herencia genética de la inteligencia. Al contrario, si consideramos que las desigualdades no son naturales, sino sociales, las parejas con niveles educativos más altos tendrán mayores recursos para garantizar el éxito educativo de sus hijos —y en particular, de sus hijas, dada la importancia de la transmisión educativa de madres a hijas—. De este modo, la homogamia reforzaría la transmisión de desigualdades de una generación a otra.

A pesar de su creciente prevalencia, el aumento de la homogamia no ha sido la única transformación reseñable en la formación de hogares. En las últimas décadas, el número de hogares unifamiliares también ha experimentado un significativo incremento, hasta representar aproximadamente el 15% de todos los hogares en 20 de los 23 países analizados en el informe. En los países nórdicos, Canadá y Estados Unidos, su incidencia es de hasta el 25%. En líneas generales, podemos distinguir dos grandes tipos de hogares unifamiliares: por un lado, aquellos formados por una persona soltera, sin cargas familiares, situada en lo alto de la escala salarial y, por otro, aquellos que incluyen un solo progenitor a cargo de los hijos. En este último caso, se trata mayoritariamente de hogares encabezados por mujeres, con rentas limitadas y altos niveles de privación. Tanto es así, que a finales de los años setenta se acuñó en Estados Unidos el término «feminización de la pobreza» para referirse a este fenómeno.

La OCDE concluye en su informe que el aumento de familias monoparentales incrementa la brecha entre los hogares ricos y pobres. Sin embargo, para entender la dimensión real de este fenómeno, es necesario tener en cuenta otros aspectos. En primer lugar, la creciente concentración de pobreza en las familias monoparentales femeninas invita a pensar sobre la perpetuación de desigualdad en futuras generaciones. De acuerdo con Esping-Andersen

(2002), los niños que durante su etapa de formación padecen una situación de pobreza, a menudo experimentan déficits cognitivos y escaso rendimiento escolar. En un futuro, estas carencias pueden trasladarse a la vida adulta y convertirse en dificultades para acceder al mercado de trabajo. Si tenemos en cuenta que la pobreza infantil ha aumentado en 17 países de la Unión Europea (OCDE, 2008), el problema no es de menor envergadura. Tan solo en los países escandinavos la pobreza infantil no ha aumentado a pesar de que, paradójicamente, las familias monoparentales representan uno de cada cuatro hogares en estos países. Esto se debe en gran medida a la existencia de un generoso Estado de bienestar que ofrece prestaciones y servicios universales. Sin embargo, en aquellas economías donde los niveles de gasto en políticas familiares son bajas, es la familia la que hace una labor de suplencia del Estado de bienes. De hecho, en este segundo bloque de países, la formación de hogares complejos constituye una estrategia de lucha contra la pobreza infantil. De acuerdo con el informe «Monoparentalidad e infancia» publicado por la Fundación «La Caixa» (Flaquer *et al.*, 2006), en países como Italia y España, una proporción significativa de madres solas viven con otras personas adultas. Esto explicaría, en parte, por qué en estos dos países las familias monoparentales representan porcentajes bajos en una perspectiva comparada, y pondría en tela de juicio la fiabilidad de los datos utilizados en el informe y de los resultados basados en estos datos.

## REFLEXIONES FINALES

El nivel de desigualdad entre los ricos y pobres ha llegado a tocar máximos históricos y continúa en aumento. Aunque a menudo este hecho se atribuye estallido de la crisis global en el año 2008, lo cierto es que el incremento de la desigualdad viene en aumento desde la década de los ochenta. Este trabajo ha evaluado en qué medida, y de qué manera, los cambios en el mercado de trabajo y las transformaciones demográficas han contribuido a la desigualdad económica y social en las dos últimas décadas.

A través del análisis de datos sobre rentas para 23 países, el informe de la OCDE publicado en el año 2011 examina el impacto de dichos cambios en el nivel agregado de desigualdad. En líneas generales, este informe concluye que la desigualdad de rentas entre individuos se debe, principalmente, a la creciente disparidad en las retribuciones horarias de los trabajadores que ganan más y los que ganan menos. A su vez, son los individuos mejor pagados lo que más horas dedican al trabajo remunerado, lo cual también ha tenido un impacto notable sobre la desigualdad global. Esto se explica, en parte, por la dificultad cada vez mayor que los trabajadores poco cualificados encuentran para acceder al mercado de trabajo y, también, por la mayor presencia de empleo a tiempo parcial. Como resultado de todo lo anterior, la brecha entre individuos ricos y pobres es cada vez más evidente. En un proceso paralelo, también han incrementado las desigualdades entre los hogares ricos y los hogares pobres. A esto ha contribuido, entre otros factores, la presencia cada vez mayor de familias monoparentales, a menudo en situación de privación económica.

A través de los informes de la OCDE, obtenemos una imagen del panorama global de desigualdad en las últimas décadas. Sin embargo, entender la evolución de la desigualdad



requiere, a menudo, ir más allá del análisis de rentas e ingresos de las familias y hogares. Por ejemplo, incorporar la dimensión de género a los análisis ayudaría a entender las consecuencias del empleo a tiempo parcial a largo plazo. Al estar mayoritariamente desempeñados por mujeres, este tipo de trabajos produce un incremento de la segregación ocupacional y, consecuente, una desigualdad creciente entre hombres y mujeres. Dicho de otro modo, parte del incremento de desigualdad observado a nivel agregado puede ser producto de la desigualdad de género. Además, el surgimiento de un mercado marginal, devaluado, y poco atractivo para la mano de obra masculina, contribuye a la perpetuación de esta desigualdad. De manera similar, el informe de la OCDE obvia los posibles efectos de la acumulación de recursos no económicos en las parejas homógamas. Por ejemplo, la acumulación de capital social y cultural en las parejas más aventajadas puede ser, indirectamente, un mecanismo de transmisión intergeneracional de desigualdad social y económica. Finalmente, el informe tampoco toma en consideración las consecuencias de la feminización de la pobreza derivada del incremento de parejas monoparentales. Esto, por un lado, puede tener un efecto transmisor de desigualdades entre generaciones, en tanto que los niños que crecen en un ambiente de privación suelen tener rendimientos educativos bajos, lo cual repercute en su futuro laboral. Por otro lado, la búsqueda de estrategias para aliviar las situaciones de privación (formación de familias complejas) puede estar alterando los datos sobre monoparentalidad en los que se basan los análisis de la OCDE.

Recapitulando todo lo anterior, los cambios en el mercado de trabajo y las transformaciones demográficas de las últimas décadas han contribuido de manera directa al incremento de la desigualdad e, indirectamente, a la reproducción de dicha desigualdad. De los factores analizados en este trabajo, el incremento de la tasa de participación femenina es uno de los que ha tenido un efecto más igualador. Sin embargo, la participación de la mujer en el mercado de trabajo está dejando de aumentar. Ya en los años noventa, en Estados Unidos se hablaba de un estancamiento en el empleo femenino (Cotter *et al.*, 2004). A partir de ahí, este proceso se ha ido generalizando a otros países, más aún con la llegada de la crisis y el incremento generalizado de las tasas de desempleo. Tomando en cuenta todo lo anterior, la realidad nos deja poco lugar para el optimismo. En el contexto actual, resulta difícil imaginar que los niveles de desigualdad se inviertan sin antes pasar por una serie de reformas efectivas en el ámbito laboral —que moderen la dispersión salarial y eliminen desigualdad en el acceso a otros beneficios adicionales entre los trabajadores a tiempo completo y los trabajadores a tiempo parcial o por cuenta propia—, sociales —que provean soporte a las familias en situación de privación—, y educativas —que promuevan el éxito educativo de los niños provenientes de contextos económica y socialmente más desfavorecidos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boeri, T., Del Boca, D. y Pissarides C. (2004), *Women at work. An Economic Perspective*, Oxford University Press.
- Breen, R. y Salazar, L. (2005), «Has increased women's educational attainment led to greater earnings inequality in the UK?», *CEACS Working Paper*, Madrid.

- Cotter, D. A., Hermsen, J. M. y Vanneman, R. (2004), *Gender inequality at work*, New York, Russell Sage Foundation.
- Drobnic, S. y Blossfeld, H. P. (2001), «Careers of Couples and Trends in Inequality», en H. P. Blossfeld y S. Drobnic (eds.), *Careers of Couples in Contemporary Societies. From Male Breadwinner to Dual Earner Families*, Oxford, Oxford University Press.
- England, P., Herbert, M. S., Kilbourne, B. S., Reid, L. L. y McCreary, L. (1994), «The gendered valuation of occupations and skills: Earnings in 1980 census occupation», *Social Forces*, 73 (1): 65-100.
- England, P., Allison, P. y Y. X. Wu (2007), «Does bad pay cause occupations to feminize, Does feminization reduce pay, and How can we tell with longitudinal data?», *Social Science Research*, 36(3): 1237-56.
- Esping-Andersen, G. (2002), «A Child-Centered Social Investment Strategy», en G. Esping-Andersen, G., *Why We Need a New Welfare State*, Oxford, Oxford University Press, 26-67.
- Flaquer, L. L., Almeda, E. y Navarro-Varas, L. (2006), *Monoparentalidad e Infancia*, Fundación «La Caixa», Colección de Estudios Sociales, nº 20.
- Herrnstein, R. J. y Murray, C. (1994), *The Bell Curve*, The Free Press.
- Kalmijn, M. (1994), «Assortative Mating by Cultural and Economic Occupational Status», *American Journal of Sociology*, 100(2): 422-452.
- Macionis, J. J. y Plummer, K. (2011), *Sociology*, Prentice Hall, 4<sup>th</sup> ed.
- OECD (2008), *Growing Unequal? Income Distribution and Poverty in OECD Countries*, París, OECD Publishing.
- OECD (2011), *Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising*, París, OECD Publishing.
- Salazar, L. (2008), *Women's educational expansion: effects of changes in female participation in the labour market and household formation on inter-household earnings inequality*. Tesis doctoral, CEACS, Madrid.
- Stacy, J. (1993), «Good riddance to «the family»: a response to David Popenoe», *Journal of Marriage and the Family*, 55 (3): 545-454.

**Margarita Torre** es doctora en Sociología por la Universitat Pompeu Fabra (2011) y profesora visitante en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid, desde septiembre de 2011. Su investigación actual se centra en los mecanismos de segregación ocupacional y otros procesos de desigualdad en el mercado de trabajo y la familia.